

Evangelio del sábado: perseverar en la oración

Comentario al Evangelio del sábado de la 32.^a semana del tiempo ordinario. “¿Acaso Dios no hará justicia a sus elegidos que claman a Él día y noche, y les hará esperar?”. La oración sincera y constante encuentra siempre una respuesta, especialmente si alguna vez nos sentimos desamparados, como la viuda de la parábola.

Evangelio (Lc 18,1-8)

Les proponía una parábola sobre la necesidad de orar siempre y no desfallecer, diciendo:

—Había en una ciudad un juez que no temía a Dios ni respetaba a los hombres. También había en aquella ciudad una viuda, que acudía a él diciendo: «Hazme justicia ante mi adversario». Y durante mucho tiempo no quiso. Sin embargo, al final se dijo a sí mismo: «Aunque no temo a Dios ni respeto a los hombres, como esta viuda está molestándome, le haré justicia, para que no siga viniendo a importunarme».

Concluyó el Señor:

—Prestad atención a lo que dice el juez injusto. ¿Acaso Dios no hará justicia a sus elegidos que claman a Él día y noche, y les hará esperar? Os aseguro que les hará justicia sin tardanza. Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿encontrará fe sobre la tierra?

Comentario al Evangelio

Las condiciones de la sociedad en la que vivió Jesús hacían que una mujer que padeciera el drama de la viudez se quedara en una situación vulnerable. Si a esto se añade la indiferencia de las personas que tendrían que impartir justicia, el desamparo de la viuda sería muy crítico.

Por eso, la parábola que propone el Señor en el Evangelio de hoy tiene tanta fuerza: una viuda sin ningún apoyo en la tierra consigue que se haga justicia con la única arma de su palabra y su tenacidad.

Ante la injusticia que se sufre, en ocasiones uno experimenta la impotencia. Se han puesto los medios para arreglar las cosas —hablar con personas, apelar a su conciencia,

buscar apoyo, etc.— pero parece que nada cambia. Estamos como la viuda de la parábola evangélica. El Señor nos anima a transformar esa sensación de desamparo en un impulso mayor para la oración, en un estímulo para «orar siempre y no desfallecer» (v. 1) confiando en que tenemos un Padre en el Cielo que se hace cargo de nuestra desazón.

La oración sincera y constante encuentra siempre una respuesta. Se trata de abandonar nuestra causa en manos del Señor, sabiendo también que probablemente dará una solución distinta de la que esperábamos, pero que será más eficaz.

Al respecto, comentaba el Papa Francisco: «Todos experimentamos momentos de cansancio y de desaliento, sobre todo cuando nuestra oración parece ineficaz. Pero Jesús nos asegura: a diferencia del

juez deshonesto, Dios escucha con prontitud a sus hijos, si bien esto no significa que lo haga en los tiempos y en las formas que nosotros quisiéramos. La oración no es una varita mágica. Ella ayuda a conservar la fe en Dios, a encomendarnos a Él incluso cuando no comprendemos la voluntad» (*Audiencia general*, 25 de mayo de 2016).

«Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿encontrará fe sobre la tierra?» (v. 8) Es una pregunta que nos interpela: ¿refleja nuestra oración la fe de alguien que sabe que su vida está en manos de un Padre que quiere lo mejor para sus hijos?

Rodolfo Valdés // Ben White -
Unsplash

pdf | Documento generado
automáticamente desde <https://opusdei.org/es-pa/gospel/evangelio-sabado-trigesimosegundo-ordinario/>
(17/02/2026)